

vertritt er nichtsdestoweniger einen neuen Standpunkt in der Erforschung der aristotelischen Politik. Ein neues Bild wird dadurch von dem großen Systematiker gewonnen, das nicht nur seine Argumentation für die Demokratie umfaßt, sondern auch seine kritische Haltung gegenüber einer Staatsform offenbart, die ihm mehr als einmal der Ergänzung oder Modifizierung zu bedürfen schien.

Der zweite Teil des Buches besteht aus einem ausführlichen Anhang mit dem Titel: Elemente der demokratischen Argumentation aus klassischer Zeit im modernen politischen Denken Europas. Dabei liegt es nicht im Interesse des Autors zu untersuchen, wie man die Demokratie in der Neuzeit theoretisch begründet hat, sondern zu zeigen, welche Elemente innerhalb der Argumentation für die Demokratie dem antiken und neuzeitlichen politischen Denken gemeinsam sind, inwiefern ihre Form, den verschiedenen historischen Voraussetzungen gemäß, verschieden und ihr Ursprung auf das griechische Denken der Antike zurückzuführen ist. Das Material ist auch in diesem zweiten Teil nach einzelnen Theorien thematisch gegliedert. Es ist nicht möglich, hier jeden einzelnen Fall anzuführen, wo Touloumakos' Scharfblick Ähnlichkeiten, Einflüsse, epochenspezifische Unterschiede oder Ideen, die jeweils nur in der Antike oder nur in der Neuzeit zu finden sind, entdeckt. Er selbst bezeichnet diesen Anhang als einen Versuch, die Möglichkeiten für eine weitere Untersuchung aufzuzeigen. Aus diesem Grund wurde das Werk nur weniger, vielleicht nicht immer repräsentativer Staatstheoretiker untersucht. Vorteile bietet eine solche epochenübergreifende Arbeit durch die systematische Einordnung der Ideen, den sorgfältigen Vergleich von Ähnlichkeiten und Unterschieden sowie die treffende Betonung der unterschiedlichen Voraussetzungen, die der jeweiligen historischen Epoche zu eigen sind. In einigen wenigen Fällen ist es dem Autor auch gelungen zu zeigen, daß die Ähnlichkeit antiker und neuzeitlicher Anschauungen tatsächlich für einen direkten Einfluß griechischen bzw. aristotelischen Denkens auf neuzeitliche Auffassungen von Staat und Gesellschaft spricht. Ehrenbergs Aufsatz «Freedom - Ideal and Reality» (in: V. Ehrenberg, *Man, State and Deity*, London 1974, S. 19-34) wäre hierzu eine wünschenswerte bibliographische Ergänzung. Davon abgesehen ebnet diese kurze Untersuchung einer breiteren Forschung den Weg und macht deutlich, auf welche Weise die Erforschung der Alten Geschichte in der heutigen Welt eine Rolle zu spielen vermag.

Von Vorteil sind schließlich drei verschiedene Indices, mit deren Hilfe dem Leser auch spezielle Informationen rasch zugänglich sind: ein Index der antiken Quellen, die vom Autor im Verlauf seiner Untersuchung behandelt wurden, ein Sach- und Personenregister sowie ein Verzeichnis der bei Touloumakos angeführten Autoren und Forscher*.

ANGELOS CHANIOTIS

* An dieser Stelle möchte ich Herrn Prof. Dr. Géza Alföldy und Frau Sigrid Mratschek für ihre Hilfe beim Zustandekommen dieses Artikels und ihre kritischen Bemerkungen danken.

En torno a los orígenes de Roma (A propósito de un libro reciente de J. Ch. Meyer).

Bajo el título *Pre-Republican Rome*, ha visto recientemente la luz la tesis presentada para la obtención del grado de doctor de Jørgen Ch. Meyer, publicada en los anejos de los *Analecta Romana* de la Academia de Dinamarca de Roma*. La obra no pretende abarcar toda la problemática que rodea el estudio de la Roma primitiva, sino tan sólo analizar algunos puntos de la cuestión, a saber la cronología relativa y la absoluta, el proceso de urbanización, el problema de los sabinos y las relaciones con los etruscos. Ahora bien, estos temas son prácticamente los de mayor trascendencia, puesto que subyacen en todo el conjunto de la cuestión y son, en consecuencia, determinantes a la hora de enfrentarse sobre bases seguras con cualquier aspecto de la más antigua historia de Roma. El libro es sin duda alguna polémico, pues en muchos puntos llega a conclusiones que chocan muy frontalmente con logros que ya se creían totalmente conseguidos o reverdece antiguas discusiones olvidadas desde hace tiempo. No es mi intención desarrollar aquí una discusión exhaustiva sobre el contenido, metodología y conclusiones de este estudio, sino tan sólo exponer algunas reflexiones críticas que su lectura, siempre provechosa, me ha suscitado, fundamentalmente en dos apartados concretos, la cronología y el proceso de urbanización de Roma.

1. Cronología

La definición de una secuencia cronológica para una cultura prehistórica o protohistórica es sumamente difícil y siempre requiere la utilización de una metodología muy compleja, pesando además sobre ella la constante amenaza de que las inseguras bases sobre las que se apoya puedan quebrar, arrastrando inevitablemente en su caída los resultados que ya se creían conseguidos. Desgraciadamente en los estudios sobre la Roma primitiva ejemplos de estas características no faltan y sirva como botón de muestra lo sucedido con el sistema cronológico tan trabajosamente elaborado por el gran investigador sueco E. Gjerstad (Gjerstad, 1953; 1965). El método consiste en definitiva en agarrarse a unos puntos de referencia muy firmes, como sucede por ejemplo con la civilización creto-micénica, que gracias a estrechas relaciones que mantenía con los pueblos orientales, cuya cronología nos es casi perfectamente conocida, ha permitido a la investigación moderna establecer una secuencia cronológica lo bastante firme como para no tener que revisarse sino tan sólo en detalles mínimos, salvo quizá en sus últimas fases (Taylour, 1983, 19 ss.). Desafortunadamente no es éste el caso de la Roma protohistórica, cuya cronología absoluta ha de establecerse necesariamente, como bien señala Mayer, a partir de la cerámica griega encontrada en los yacimientos itálicos. Ahora bien, este paralelismo presenta un doble problema: en primer lugar, la cerámica griega comienza a aparecer en el Lacio con cierta frecuencia a partir del siglo VIII a.C., es decir coincidiendo con la presencia colonial griega en el sur de Italia —el más antiguo testimonio griego en la región tiberina siguen siendo las copas cicládicas encontradas en la necrópolis veyense de Quattro Fontanili y fechadas a comienzos del siglo VIII (Ridgway, 1967)— y desde este momento hacia atrás la cerámica griega está totalmente ausente en la arqueología hasta la asociación de las últimas fases de la cerámica micénica con material de finales

* Jørgen Christian Meyer, «Pre-Republican Rome. An Analysis of the Cultural and Chronological Relations 1000-500 B.C.», *Analecta Romana Instituti Danici*, Supplementum XI, Odense. University Press, 1983, 210 pp.

del bronce itálico en las postrimerías del segundo milenio, con lo que establecer la cronología absoluta en esos dos siglos «oscuros» se presenta como una tarea enormemente difícil. En segundo lugar hay que tener presente las propias dificultades por las que atraviesa la datación de la cerámica griega, como hace años puso tan claramente de relieve la obra de R. van Compernelle (Van Compernelle, 1959), de manera que se cae en la contradicción de tomar como premisa segura un dato que en sí mismo es incierto (vid. Heurgon, 1971, 274 ss.). Sin embargo, el panorama no es tan negro como pudiera desprenderse de estas palabras y los esfuerzos realizados por diversos investigadores por establecer una secuencia cronológica fiable han dado resultados en general satisfactorios, aunque considerando siempre unos márgenes de seguridad cuya amplitud naturalmente crece conforme nos elevamos hacia los orígenes, pero que no afectan de una manera sustancial a la interpretación histórica del cuadro ofrecido por la arqueología.

Un interés especial tiene en mi opinión la cronología de la última fase del desarrollo protohistórico de Roma, el período denominado orientalizante reciente o fase IVB, época que significó para la ciudad un cambio decisivo en su evolución histórica al traspasar el umbral hacia una civilización plenamente urbana que transformó profundamente todas sus estructuras institucionales, socio-económicas y religiosas. Este período fue individualizado y definido por G. Colonna hace ya veinte años (Colonna, 1961; 1964; 1974, 314 ss.) y las conclusiones a que llegó puede decirse que hasta el momento no han sido necesario modificarlas sustancialmente. Las características cerámicas fundamentales de esta fase pueden limitarse, en relación al período anterior IVA, a la aparición masiva de bucchero primero de factura etrusca y en un segundo momento de fabricación local y que desplaza a la cerámica de impasto oscuro; la cerámica de imitación corintia, fundamentalmente de procedencia etrusca; cerámica griega, sobre todo corintia (protocorintio tardío, transicional y corintio antiguo) y en menor medida rodia y jónica; sobre la producción local, véase Ampolo, *La formazione della città nel Lazio*, 178 ss. El cambio supone, en palabras de Colonna, «il trionfo della etruschizzazione del Lazio» y efectivamente las tumbas pertenecientes a este período encuentran unos paralelos idénticos en toda la Etruria meridional, no escapándose de esta uniformidad cultural tampoco los testimonios sepulcrales de las regiones sabina y faliscocapenate.

La cronología absoluta se puede establecer tan sólo a través de la cerámica de importación y de las correspondientes imitaciones itálicas, más en concreto las cerámicas griegas de estilo corintio transicional y corintio antiguo. De entrada se presenta el problema al que antes he hecho referencia, es decir la inseguridad en la datación de esta cerámica: la cronología tradicional establecida hace más de cincuenta años por H. Payne (Payne, 1931) ha sido en diferentes ocasiones objeto de revisiones que tienden a rebajar en algunos años las fechas de los dos estilos corintios arriba señalados (Hopper, 1969, 169 ss.; en general, Ducat, 1962, tableaux), de manera que puede aceptarse, aunque siempre con ciertas reservas, una cronología 635/630-620/615 para el transicional y 620/615-595/590 para el corintio antiguo (cf. Colonna, 1961, 10; Szilágyi, 1958). La cerámica griega es, sin embargo, bastante escasa en el Lacio en estos años finales del siglo VII, pero ello no implica necesariamente una carencia de elementos básicos de datación, ya que sí se dispone de abundante cerámica de imitación y sobre todo de vasos de importación etrusca o que derivan de modelos procedentes de Etruria, donde la cronología se sienta sobre bases más firmes al encontrarse materiales indígenas asociados con otros de importación griega. En consecuencia no veo que exista una necesidad imperiosa de modificar el momento que

fijó Colonna para el inicio del orientalizante reciente hacia los años 630/625, dando un margen apropiado de tiempo para la adopción y deposición en las tumbas de los modelos importados de Grecia. La cronología que propone Meyer para este mismo período IVB, 650-625 a.C., en mi opinión no cuenta con apoyos lo suficientemente sólidos, pues sigue un criterio muy particular (la transición del *aryballos* ovoide al puntiagudo), no tiene en cuenta todos los testimonios y las conclusiones que resultan están en gran desacuerdo con el panorama histórico adquirido por otros conductos, como tendremos ocasión de ver.

La fecha final del período creo, sin embargo, que sí merece ser objeto de comentario. Gjerstad señalaba el año 575 a.C. como un momento crucial en la historia de Roma, ya que consideraba que fue entonces cuando se produjo la primera pavimentación del Foro, señal inequívoca del inicio de la fase urbana (Gjerstad, 1953, 72 s.). Esta conclusión de Gjerstad fue muy combatida por la mayor parte de la investigación contemporánea, señalándose continuamente la necesidad de elevar la cronología de tal acontecimiento (Müller-Karpe, 1962, 14 s.; Colonna, en *Naissance de Rome* [100]). Por su parte, en su estudio sobre el orientalizante reciente, Colonna parece aceptar esa misma fecha del 575 no como inicio de la fase urbana, sino del período arcaico de Roma, pues es a partir de entonces cuando comienzan a producirse importantes innovaciones en el panorama cultural romano, fundamentalmente importaciones de cerámica ática, laconia y etrusco-corintia vulcente, la aparición masiva de bucchero simple, el florecimiento de la «Coarse Ware» y la introducción de revestimientos arquitectónicos de terracota, coincidiendo todo con las fechas tradicionales del reinado de Servio Tulio (Colonna, 1964, 6). Efectivamente, Colonna tiene razón, pero también no es menos cierto que en muchas ocasiones el cuadro que ofrece la arqueología no se corresponde exactamente a los hechos históricos, en el sentido de que utilizando como criterio exclusivo de periodización las transformaciones que se producen en la cultura material y artística, se puede inducir involuntariamente a una deformación en la correcta interpretación del devenir histórico. Con estas palabras no pretendo replantear el casi eterno problema, en la actualidad afortunadamente ya muy superado, del conflicto historia-arqueología, sino tan sólo exponer algunos aspectos característicos de este período que, en mi opinión, iluminan el problema cronológico desde otras perspectivas.

La cultura material de Roma y del Lacio en el primer cuarto del siglo VI no sufre apenas variaciones sustanciales respecto a la que se presenta en los últimos treinta años del siglo VII, siendo características en todo este tiempo la cerámica corintia, la etrusco-corintia y el bucchero fino. Sin embargo, en el lugar donde aparece este material encontramos una importante diferencia entre esos dos subperíodos, pues a partir del año 600 aproximadamente las tumbas se empobrecen considerablemente, presentando incluso muchas de ellas una ausencia total de ajuar (cf. Cataldi Dini, 1977, 322 ss.). Este dato se ha interpretado, a partir fundamentalmente de los estudios de Colonna (Colonna, 1977; 1981a), como reflejo de leyes funerarias limitando la exhibición de riqueza en los enterramientos similares a idénticas disposiciones legales que por entonces surgieron en ambiente griego, imbuido en aquellos momentos de los nuevos ideales de *eunomia*, consecuencia de unas profundas transformaciones ideológicas que encuentran en Hesíodo uno de sus primeros exponentes y en Solón el principal artífice de su realización práctica. A esta interpretación creo que son pocas las objeciones que pueden oponerse, sino más bien al contrario, enriquecerla en la línea ya iniciada por C. Ampolo (*La formazione della città nel Lazio*, 187), situando este hecho en el contexto de la formación de la ciudad, y en este sentido el paralelismo

con el mundo griego cuando éste se encontraba en similar estadio de evolución es significativo: en las postrimerías del siglo VIII, coincidiendo con los primeros pasos de la *polis*, se observa un desplazamiento de la riqueza, sobre todo del metal, desde la tumba hacia el santuario (Snodgrass, 1980, 54), al tiempo que las representaciones de escenas funerarias, tan corrientes en el arte cerámico geométrico, son sustituidas por otros motivos más entroncados en la nueva vida ciudadana. La Roma y el Lacio de comienzos del siglo VI presencian el mismo fenómeno: empobrecimiento del ajuar de las tumbas —pero las clases superiores siguen utilizando la tumba de cámara— y enriquecimiento de los depósitos votivos y de las construcciones religiosas.

El año «600» asiste también a otras importantes innovaciones, como son el desarrollo de la arquitectura, el avance urbanístico y la mayor utilización de la escritura. El primer punto se puede traducir sin dificultad en el paso de una arquitectura de cabañas a otra de casas con cimientos de piedras, paredes de ladrillo y cubierta de tejas y en ocasiones con lastras de revestimiento de terracota. Los primeros edificios, tanto públicos como privados, que se levantaron en el Lacio se fechan en los últimos años del siglo VII o en los primeros del siguiente: así, las cuatro edificaciones de Ficana, el edificio del Colle della Noce en Ardea y las construcciones de Lavinium, y probablemente también la primera fase del templo extramuros de Gabii y del de la Mater Matuta de Satricum; en la propia Roma los ejemplos no faltan (Comicio, Regia, casas de la Sacra Vía, templo del Foro Boario, etc.) (vid., en general, Ampolo, *La formazione della città nel Lazio*, 166 ss.). El desarrollo urbanístico es, sin duda alguna, el punto esencial y sobre él gravita toda la importancia del momento, pues es efectivamente a finales del siglo VII cuando los primeros centros latinos, Roma incluida, adquieren su definitivo carácter urbano (Guañoli, 1977; sobre Roma más concretamente Ampolo, 1980a; 1982; Martínez-Pinna, 1981a), cumpliendo de esta manera un largo proceso que se inició en los albores de la edad del hierro: los territorios se organizan, las ciudades se fortifican, se define y planifica el centro urbano, se levanta el templo a la divinidad poliada, etc. Finalmente, el conocimiento de la escritura se introduce en el Lacio en el primer cuarto del siglo VII, si aceptamos como bueno el testimonio de la célebre fíbula prenestina; sin embargo, su utilización en los años centrales del siglo es bastante restringida, a juzgar por los escasísimos documentos disponibles, pero a partir del 625 aproximadamente los epígrafes comienzan a incrementarse al tiempo que su contenido se complica y su uso se diversifica, alcanzando en este sentido un momento cumbre con la inscripción del Vaso de Duenos a caballo entre los siglos VII y VI. Por lo que respecta, en segundo lugar, al significado social de la escritura, hacia la misma época se asiste a importantes transformaciones, en el sentido de que la escritura deja de ser un monopolio exclusivo de la clase noble y celosamente guardado por ésta para convertirse en cierta medida, aunque en muchos aspectos siga siendo considerada por la aristocracia como un bien de prestigio, en un instrumento público, proceso que en el estado actual de nuestros conocimientos alcanzará su primera realidad en la ley inscrita en el cipo del Foro hacia el año 575 aproximadamente.

El panorama que se desprende de la evidencia arqueológica se encuentra en total correspondencia con los datos transmitidos por la tradición. Estos años finales del siglo VII y de comienzos del siguiente son ocupados en Roma por el reinado de Tarquinio Prisco (616-578 a.C., según la cronología tradicional), personaje de singular importancia en la historia de la Roma primitiva y cuyos hechos, tal y como se conocen a través del relato analítico, pese a las deformaciones introducidas, indican un período de cambio profundo en la sociedad romana, como repetidamente ha sido

puesto de relieve (Ménager, 1976, 480 ss.; Richard, 1978a, 311 ss.). La obra de este monarca significa en definitiva el último y decisivo paso hacia la constitución de la ciudad no ya sólo desde la perspectiva urbanística, como evidencian las fuentes arqueológicas en concordancia con la tradición, sino también y lo que es más importante en sus aspectos políticos, sociales, económicos, religiosos, militares e ideológicos.

La consecuencia inmediata de todos estos presupuestos es que el año 600, tomándolo naturalmente como fecha simbólica, marca un profundo cambio en la historia del Lacio y debe tomarse como comienzo del período arcaico de Roma. Si nos atenemos exclusivamente a unos criterios de cultura material, fundamentalmente la artística y estilística, el mundo latino continúa bajo las coordenadas orientalizantes hasta el año 580/575 y en este sentido es lícito aceptar la periodización común. Pero si tenemos en cuenta que el fenómeno arcaico, tal y como se admite en la historia griega, no es sólo un estilo artístico, sino que sobre todo significa un período histórico con un valor universal, en mi opinión creo que es evidente que las características que definen tal período en el mundo griego comienzan a manifestarse claramente en Roma hacia el año 600 y que, por tanto, esta fecha ha de considerarse como inicio del mismo, aunque sólo a partir del segundo cuarto del siglo VI el fenómeno se define ya en su total magnitud.

2. Urbanización

Este tema comporta dos problemas fundamentales, que se concretan en las respuestas a las preguntas cómo y cuándo se constituyó la ciudad de Roma. La cuestión ha sido sin duda una de las más debatidas dentro de la problemática general de los orígenes de Roma y, pese a los indudables adelantos que se logran, no parece que la solución completa esté al alcance de la mano, sobre todo en lo referente al cómo; por el contrario, la respuesta cronológica sí parece reposar sobre bases más firmes y una datación en las postrimerías del siglo VII es continuamente garantizada por los nuevos descubrimientos que se producen en el ámbito latino, aunque no exista un *consensus* general entre los investigadores. Hay, pues, que esperar la aparición de nuevos datos que, sin duda, se producirán en los próximos años, conforme avancen los trabajos del gran plan de investigación arqueológica que recientemente se han iniciado en Roma, y hasta entonces la prudencia debe ser nuestra guía fundamental.

Un punto previo antes de señalar el momento en que Roma pasa al estadio urbano es exponer los criterios que se siguen para definir el concepto de ciudad antigua, concepto que es utilizado en ciertos ambientes arqueológicos con alguna ligereza. En cierto sentido el concepto de ciudad es un ideal, puesto que no siempre se pueden aplicar idénticos criterios (cf. Ampolo, 1980b). Pero en nuestro caso esta dificultad puede salvarse desde el momento en que Roma nace como una *civitas*, esto es como una institución en todo similar, o cuanto menos en sus estructuras fundamentales, a la *pólis* griega de las edades arcaica y clásica, de manera que aunque el origen de la *pólis* no sea un problema totalmente resuelto, sí se dispone de algunos datos, y entre ellos el propio testimonio de los antiguos, que evidentemente sirven de punto de referencia firme para aplicar el concepto al mundo latino, teniendo presente lógicamente las peculiaridades que, por diferentes razones, son propias de cada cultura.

En su reconstrucción de la historia urbana de Roma, Meyer parte pues de estas premisas estableciendo aquellos criterios que, en su opinión, son decisivos para

calificar una sociedad urbana. Tras reconocer inicialmente con justicia que monumentalización y urbanización son dos fenómenos independientes, Meyer parece en última instancia limitarse a tres puntos fundamentales y sus interrelaciones: fortalecimiento de una economía agrícola, estabilización demográfica y existencia de una subcultura especializada en metalurgia. A partir de estos presupuestos, Meyer intenta aplicarlos a la documentación arqueológica latina, sacando una primera conclusión al estudiar la distribución topográfica de los yacimientos: a una mayor densidad de población en los montes Albanos en la primera fase del período I, sigue un paulatino crecimiento de los centros de llanura a expensas de los de montaña hasta terminar, a finales del período IIA (c. 850 a.C.), con el casi total despoblamiento de estos últimos y el fin del desplazamiento demográfico hacia la llanura. Roma se benefició de este cambio demográfico: ya en la edad del bronce existía un poblamiento en el Palatino que se desarrolla en el período I, caracterizado económicamente por la expansión de la agricultura y el mantenimiento de la actividad pastoril; en el siguiente período IIA el núcleo del Palatino crece considerablemente en relación con el abandono de los montes Albanos, extendiéndose hacia las áreas vecinas del Esquilino, de forma que a finales del período la zona de habitación ocupa los montes incluidos en el festival del *Septimontium*, mientras que la necrópolis se iría desplazando desde la Sacra Vía hasta la zona situada debajo del Cispio, donde según Meyer probablemente se encuentren las tumbas de transición entre los períodos IIA y IIB. Respecto a la existencia de subculturas especializadas, pese a las dificultades que presenta el propio material, Meyer lo afirma positivamente en el campo de la metalurgia —mayor utilización del metal— y en el de la cerámica —«standarización» de algunos tipos—, y quizá también en otras ramas artesanales como la carpintería. Unas primeras conclusiones surgen inmediatamente de estos datos a propósito del desarrollo de Roma, pudiéndose distinguir tres fases perfectamente diferenciadas: *a*) fase pre-urbana (hasta 925: sub-apenínico y período I), caracterizada por una población estable, el desarrollo de una economía agrícola y una estructura descentralizada; *b*) fase proto-urbana (925-875: período IIA), definida como de transición entre una estructura descentralizada y otra centralizada; *c*) fase urbana (a partir de 875), caracterizada por la expansión del área habitada, el fin del desplazamiento demográfico hacia la llanura, el predominio de la agricultura y la existencia de subculturas especializadas. Sin embargo, el desarrollo topográfico de Roma no se detiene aquí, sino que en un momento posterior se produce la inclusión del Foro y del grupo Capitolio/Quirinal. La documentación arqueológica del Quirinal es bastante escasa y oscura, lo que no impide, en opinión de Meyer, suponer la existencia en esta zona de un poblamiento independiente desde el período IIA, separado de la comunidad septimontial por el valle del Foro; la unión de ambas comunidades, definida como un *synoikismos*, tiene que estar en relación con la ocupación del valle del Foro, abandonado como necrópolis a mediados del siglo IX, y si tal ocupación se documenta arqueológicamente en el período IIIB (750-725), es permisible suponer que el sinecismo tuvo lugar en una fecha inmediatamente anterior, es decir en la primera mitad o mediados del siglo VIII.

Esta reconstrucción de Meyer, que retoma sobre bases arqueológicas la antigua teoría del sinecismo romano-sabino, presenta en mi opinión algunos puntos negativos y ciertas contradicciones, y así en la p. 91 dice: «From a strictly archaeological point of view, no conclusive arguments can be adduced in support of an independent habitation on the Quirinal», mientras que en la p. 133 parece admitir tal existencia en bases puramente arqueológicas para poder explicar satisfactoriamente la presencia

sabina en la zona. En segundo lugar, no deja de sorprender que si a comienzos del período IIB el poblamiento de Roma, que Meyer ya califica como ciudad, alcanzaba el área septimontial, cómo se podría explicar entonces que en un momento avanzado del mismo período, cuando se documentan las primeras tumbas en el Esquilino, la necrópolis se encuentre en un área urbana, concretamente entre las zonas habitadas del Oppio y del Cispio. Finalmente quiero tan sólo llamar la atención sobre un punto que me ha hecho dudar: el poblamiento septimontial es definido como urbano con criterios arqueológicos, pero, sin embargo, no se llega a calificar en términos exactos en qué consistía la comunidad del Quirinal: ¿son dos ciudades diferentes o se trata, por el contrario, de una ciudad, el Septimontium, y un sistema pre- o proto-urbano, el Quirinal, los que se unen en igualdad de condiciones en la primera mitad del siglo VIII? Si es esto último, no deja de sorprender el que ambas tuviesen la misma fuerza encontrándose en distinto nivel de desarrollo, y si por el contrario se acepta la primera proposición, hemos de admitir que los criterios que se utilizan para definir el *status* urbano son bastante ligeros.

A propósito de esto último, quisiera recoger lo esbozado al comienzo de este apartado y centrarme, aunque sólo sea con brevedad, en trazar algunos apuntes sobre el concepto de ciudad y su inmediata aplicación al caso romano. En mi opinión se debe partir de dos premisas fundamentales: en primer lugar, salvo las fundaciones «coloniales», la ciudad no nace mediante un acto personal y en un momento concreto, sino que es el resultado de un largo proceso evolutivo, y en segundo lugar el elemento que determina cuándo un poblamiento puede ya considerarse urbano radica en la superación total de los lazos gentilicios y locales por otras relaciones que emanan ya directamente de la comunidad en cuanto tal, con otras palabras, en el momento en que un individuo es, ante todo, miembro de una comunidad política, en el momento que su cualidad de gentil o curial pasa a un segundo plano por detrás de la anterior. En el campo religioso esta nueva situación se aprecia en la institución del culto a una divinidad que pasa a considerarse como poliada y en virtud de lo cual toda la comunidad se coloca bajo su protección: en Roma esta función la asumió desde un principio Júpiter Óptimo Máximo, cuyo templo se levantó dominante sobre el Capitolio a comienzos del siglo VI (Martínez-Pinna, 1981b; Colonna, 1981b) y cuyas características difieren en muchos puntos del Júpiter que como dios soberano adoraba todo el pueblo latino desde sus orígenes. Políticamente se producen también importantes transformaciones que afectan sobre todo a la institución monárquica, que en gran medida pierde algunos de sus más importantes atributos religiosos y se configura sobre todo en su vertiente civil, y así desde Tarquinio Prisco el monarca romano deja de ser un rey-augur para someterse al control religioso del influyente colegio de los augures (Catalano, 1960, 567 ss.; Martín, 1982, 86 s.); probablemente sea también en el primer cuarto del siglo VI cuando aparece una primitiva administración pública en la que diversos magistrados laicos (*magister*, *quaestor*) cumplen diversas funciones por delegación real. En tercer lugar, una ciudad no se comprende sin un territorio que se identifique totalmente con el núcleo urbanizado; en el caso romano el reconocimiento y delimitación de un territorio propio se documenta en fecha bastante temprana, quizá a finales del siglo VIII (Quilici Gigli, 1978, 574), pero la primera organización del mismo con similares criterios que se utilizan para el núcleo urbano se fecha en el siglo VI: la tradición atribuye este hecho a Servio Tulio con la creación de las tribus rústicas y de las cuatro urbanas, aunque cabe la posibilidad de que este rey desarrollase un proyecto de su antecesor frustrado ante la oposición sacerdotal (Martínez-Pinna, 1982, 43). En el campo militar la constitución

de la ciudad se traduce en la institución de un ejército ciudadano que sustituye a las desorganizadas milicias con base gentilicia, hecho trascendental que, en mi opinión, refleja de la manera más complesiva la profunda transformación que supone para una sociedad pasar al estadio urbano; tal modificación se ha creído siempre obra de Servio Tulio, creador del ordenamiento censitario y del primer ejército hoplítico romano; sin embargo, diversas razones que ya tuve ocasión de exponer con cierto detalle (Martínez-Pinna, 1982, 35 ss.) me inducen a creer que el ejército de seis mil infantes no es creación de Servio Tulio, sino de Tarquinio Prisco y que además no fue éste el primer ejército hoplítico, sino tan sólo la duplicación de los efectivos de uno de tres mil infantes que, nacido de una modificación de la organización curiada, es también obra del mismo monarca (cf. Summer, 1970, 77; Gjerstad, 1972, 171 s.). Finalmente, por lo que se refiere a los aspectos económicos y sociales la situación no es tan clara como se desearía, pero aun así existen elementos que abundan en la misma idea, es decir la culminación a comienzos del siglo VI de un proceso de complejidad social y económica que arrancando desde muy antiguo, alcanza ahora una nuevas perspectivas que no significan tanto un punto de llegada, sino sobre todo el inicio de una nueva época: la clase dirigente, el patriciado de sangre, se afirma en gran parte de sus privilegios, pero adaptando su ideología a las nuevas formas ciudadanas, como ya se vio respecto a las costumbres funerarias y también ahora con la introducción del *sympósion*, al tiempo que su situación exclusivista se ve gravemente amenazada con la institución de las *minores gentes* por parte de Tarquinio Prisco y, en definitiva, con la perspectiva de nuevas formas de promoción social distintas de la sangre; las clases inferiores experimentan importantes cambios, como son quizá la aparición de una «clase media» agrícola (cf. las excavaciones de Torrino: Bedini, 1981), aunque la agricultura siga siendo fundamentalmente una economía de subsistencia pese al conocimiento casi secular del cultivo de la vid y quizá la introducción en estos momentos del olivo, y sobre todo la importancia de las clases artesanales y mercantiles, que adquieren ahora una nueva situación social derivada de una verdadera producción en serie y que se plasma en la institución de los *collegia*, que aunque ciertamente son una creación de Servio Tulio (Richard, 1978b) responden evidentemente a una situación que ya existía con una anterioridad inmediata, así como en la construcción de las primeras *tabernae* en el Foro.

Admitido que Roma se constituyó definitivamente como ciudad en torno al año 600, siguiendo una tendencia general en el Lacio (véase por todos Ampolo, en *La formazione della città nel Lazio*, 165-192), la pregunta que surge inmediatamente es cómo se llegó a tal acontecimiento y la respuesta ya no es tan evidente, pues en definitiva descansa en la interpretación que se quiera dar a una documentación, tanto arqueológica como literaria, que ofrece innumerables lagunas y que muy frecuentemente se escapa a una perfecta comprensión. La polémica que se desató a partir de 1960 entre los defensores de la teoría sinecista, según la cual Roma se formó mediante la unión de diversas aldeas autónomas esparcidas por los montes romanos, y aquellos partidarios de una expansión progresiva de la población a partir de un poblamiento originario en el Palatino, parece haberse concluido finalmente a favor de estos últimos gracias sobre todo a sus mejores bases cronológicas. Sin embargo no creo que la cuestión esté resuelta de manera definitiva, pues muchos datos antiguos no encuentran todavía una respuesta totalmente satisfactoria y los pocos nuevos de que se dispone no refuerzan decisivamente ninguna de las dos posturas encontradas. Ya en 1972 M. Pallottino observaba que el proceso de formación de Roma respondía a una realidad más compleja que la expuesta por unos y otros (Pallottino, 1972, 36): los

hechos parecen evidentemente darle la razón y los últimos estudios sobre la cuestión siguen otros derroteros, aunque sin conseguir librarse definitivamente de la influencia de la teoría unitaria del Palatino (cf. *La formazione della città nel Lazio*).

En primer lugar, la idea de la continuidad topográfica de poblamiento en Roma desde la edad del bronce, afirmada entre otros por Gjerstad y Meyer, parece que deba rechazarse según un reciente estudio al respecto de R. Peroni (Peroni, 1979), puesto que los lugares de habitación se encontraban en las partes bajas de Roma, según parece desprenderse de los escasos testimonios procedentes de la zona de la Regia y del material hallado en un estrato de relleno en el área sacra de S. Omobono y para el que se ha invocado, sin prueba determinante en mi opinión, una procedencia de cualquiera de las tres colinas más próximas al lugar. La fase I de Roma se define fundamentalmente a partir de la documentación funeraria y en una proporción mucho menor de restos de zona de habitación, indicando en su conjunto la existencia de pequeños grupos de población, probablemente de carácter parental, diseminados por el valle del Foro y sobre todo en las alturas próximas, como el Palatino, situación que parece repetirse en sus líneas generales durante el período IIA, aunque considerando un cierto incremento demográfico que no debió afectar de manera sustancial a la estructura de los poblados.

Los problemas comienzan a ser más serios a partir del período IIB (830-770), época fundamental para comprender el proceso de formación de Roma. Estos momentos suponen para las comunidades latinas de llanura un notable crecimiento de población, fenómeno que ha de ponerse en relación con ciertos movimientos demográficos, fundamentalmente el abandono de los montes Albanos que comienza a finales del período IIA y se cumple en el primer cuarto del siglo VIII. Los nuevos centros que entonces nacieron (Decima, Laurentina, La Rustica, Tivoli, etc.) se muestran casi desde sus inicios con una fuerza sorprendente: la construcción de un sistema defensivo en los poblamientos de Decima y Laurentina a comienzos del siglo VIII parece indicar que el grupo humano allí establecido tenía ya cierta organización interna que probablemente comenzase a superar en alguna medida la fuerte cohesión de los lazos de parentela; sin embargo, todavía no se aprecian en las tumbas diferencias de riqueza que reflejen una diversificación social y económica en el mundo de los vivos, aunque quizá haya que notar la presencia dentro de la aldea de artesanos con alguna especialización en la metalurgia, todavía muy dependientes del exterior. Estos elementos adquieren en el siguiente período III (770-730/720) un nuevo significado que preludian el gran paso que durante el siglo VII darán las comunidades latinas en su camino hacia la urbanización. La presencia colonial y comercial griega en las costas de Italia constituye, sin duda alguna, un factor decisivo en la formación de los centros urbanos y proto-urbanos de la vertiente tirrénica (Pallottino, 1970, 75 s.; 1979, 141), así como en las transformaciones sociales y económicas que entonces se producen. Características de este período directamente relacionadas con la influencia griega son, por ejemplo, la cerámica fabricada a torno, la entrada del Lacio en la dinámica del tráfico internacional y consecuencia de todo la aparición de los primeros ejemplos de una diferenciación social que a partir de aquí irá en continuo aumento.

Los testimonios arqueológicos que proporciona Roma para la fase IIB son bastante problemáticos y de difícil interpretación. En el Palatino se documenta una continuidad de poblamiento (cabañas bajo la *Domus Flaviorum*), al tiempo que la necrópolis se desplaza desde el Foro, habitual en la fase anterior, al Esquilino. Respecto al Quirinal, el material más antiguo que puede relacionarse con él pertenece a las dos tumbas del Foro de Augusto, que se supone resto de una necrópolis relativa

a un pequeño establecimiento situado en la cumbre inmediata, y a hallazgos esporádicos en el Ministerio de Agricultura, todo ello datado en el período IIA; la fase siguiente está representada asimismo por hallazgos esporádicos dispersos por la parte nordeste de las *Colles*, cesando toda evidencia en el Foro de Augusto y en general en las tres cumbres meridionales de la colina (*Latiaris*, *Mucialis* y *Salutaris*), salvo quizá los escasos fragmentos cerámicos de Piazza della Pilotta que, sin embargo, más bien pertenecen al período III. Tal documentación parece indicar la existencia de pequeños grupos de habitación diseminados por la zona, sin llegar a una ocupación permanente. Por su parte, el Capitolio era un lugar que siempre había permanecido mudo para las fechas más antiguas de Roma; sin embargo las exploraciones realizadas recientemente en la pendiente del *Capitolium* hacia el *Asylum* por A. Sommella Mura han puesto al descubierto restos de habitación y fragmentos cerámicos que denuncian la ocupación de la colina desde comienzos de la edad del hierro, deteniéndose según parece tal poblamiento a finales del período IIB, cuando el establecimiento fue destruido por un incendio, no reocupándose permanentemente el lugar hasta comienzos del siglo VI (Sommella Mura, 1978, 28). Finalmente hay que considerar los problemas que plantea la necrópolis del Esquilino, tanto por el material que contiene como por su evolución topográfica. La necrópolis esquilina parece ser que comienza en un momento avanzado del período IIB, hacia el año 800 aproximadamente, y se sitúa originariamente en la franja que separa el Oppio del Cispio, ocupando esta posición hasta la segunda mitad del siglo VIII cuando se desplaza decisivamente hacia el este. Estos datos hay que ponerlos en relación con las vicisitudes del valle del Foro, que deja de ser un lugar habitual de enterramiento con el término de la fase IIA, hacia el año 830, y no se ocupa permanentemente como lugar de habitación hasta finales del período III (circa 740/35) siendo mientras tanto objeto de una presencia esporádica, como lo prueba la tumba infantil M' encuadrada en el período IIB. En segundo lugar hay que considerar las diferencias rituales de la necrópolis esquilina respecto a la de la Sacra Vía, señalando el triunfo definitivo de la inhumación frente a la incineración —hecho que comienza a producirse a finales de la fase IIA—, y sobre todo tipológicas, reflejo según Peroni de una creciente influencia de la cultura meridional de las tubas de fosa y con un significado en cierta medida étnico (Peroni, 1960, 486 ss.; en *Civiltà del Lazio primitivo*, 24 s.; también Pallottino, 1960, 25 s.), aspecto este último negado por Colonna aun reconociendo tal influencia cultura (Colonna, 1974, 300 s.).

La situación de aislamiento y diseminación que en general es propia de las dos primeras fases del poblamiento romano, comienza a sufrir importantes cambios a partir del período IIB, en íntima conexión con todo lo que por aquel entonces acontece en el Lacio. Sea como consecuencia del despoblamiento de los montes Albanos o, como prefiere Peroni, del aflujo de gentes campanas o procedentes de las montañas de la Italia central, como opina Pallottino, o de todo ello en conjunto, lo cierto es que hacia el año 800 o poco antes se presenta en las colinas romanas una nueva población que probablemente se establece en el Esquilino. En mi opinión, estos recién llegados pronto adquirirían conciencia de su unidad de grupo, frente a los otros grupos asentados de antiguo, y al igual que en Decima y Laurentina limitarían su territorio con la construcción de un *agger*, que se conservó en la tradición con el nombre de *murus terreus Carinarum*, que los separaba del área ya habitada del Palatino; la opinión que considera este *agger* con una función inversa, es decir como una defensa del hábitat expansionista del Palatino frente a la meseta del Esquilino, donde se situaría su necrópolis, no me parece apropiada por razones puramente

topográficas, pues estando situado el *murus* en una pendiente la protección que puede ofrecer a la parte inferior de la ladera es mínima, mientras que por el contrario sí opone serias dificultades a una penetración desde abajo hacia arriba, siguiendo idéntico esquema que el *agger* probablemente contemporáneo de Décima. En sí misma la existencia de un sistema defensivo denuncia momentos de violencia, de conflicto entre distintas comunidades, hecho que parece confirmarse por la reaparición de armas en las tumbas, como ha puesto de relieve Colonna (Colonna, 1974, 302), y por la destrucción del establecimiento del Capitolio, si verdaderamente se confirma que el incendio fue provocado y no accidental; en el mismo sentido quizá podría interpretarse el abandono de las cumbres meridionales del Quirinal y la retirada de esos pequeños grupos de población hacia zonas periféricas. También la tradición ha conservado probablemente un recuerdo de la violencia que caracterizó un período del proceso de formación de Roma en el antiguo conflicto entre los *Sacriavenses* y los *Suburanenses* y que se perpetuó en el ritual del *Equus October*, mostrando así que la ocupación de las zonas bajas no se hizo sin violencia: curiosamente las dos unidades citadas pertenecen una al ámbito del Palatino (Sacra Via) y la otra al del Esquilino (Subura).

La segunda mitad del período III (c. 750-730/720) presenta ciertos signos de unificación y consolidación de los poblamientos: el valle del Foro se ocupa permanentemente, la necrópolis esquilina se desplaza definitivamente hacia oriente —lo que debe interpretarse como una extensión de la población hacia el Cispio o como la unificación de un hipotético poblamiento en esta cumbre con el que ocupaba el Oppio y el Fagatal— y finalmente el Quirinal, que aun ofreciendo idéntico panorama de pequeños grupos de habitación (las tres tumbas de Villa Spithöver, hallazgos esporádicos muy dispersos), con el depósito votivo de S. Maria della Vittoria indica la existencia de un lugar de culto frecuentado a nivel general. Este cuadro parece además encontrar cierto paralelismo con el relato tradicional de la contemporánea «época romúlea», período de graves luchas internas (batalla del Foro entre Rómulo y Tito Tacio), pero también de unificación, que alcanza un momento culminante en los años que siguen, durante el reinado tradicional de Numa Pompilio (715-673 a.C.), cuya *nomothésia* (cf. Menager, 1976, 457 ss.) parece significar un pacto de compromiso entre las diferentes comunidades que ocupaban el solar de Roma para llegar a una unidad definitiva. La «época numáica» se identifica, pues, al inicio de la verdadera fase proto-urbana de Roma, o en otros términos, al inicio del período septimontial (Ampolo, 1981), caracterizada por ser un período de transición entre los antiguos poblamientos de tradición protohistórica y la *civitas* del año 600: muchos de los elementos que luego definirán a esta última se encuentran ahora embrionariamente, como son la delimitación del territorio, la complejidad social y el desarrollo económico (elementos estrechamente vinculados a la fuerte influencia griega), el avance cultural con la aparición de la escritura (deuda esta vez hacia la vecina Etruria), fijación de algunas instituciones de remoto origen, etc.; pero también otros elementos característicos, y quizá los más importantes, son una herencia enraizada del pasado que hacen de contrapeso efectivo en la balanza del progreso frente a los avances mencionados, destacando la organización del poblamiento por aldeas y sobre todo el total predominio de la *gens* que, junto a la curia, por otra parte totalmente dominada por las *gentes*, se configura como la piedra angular de la vida pública y privada de Roma.

JORGE MARTÍNEZ-PINNA
 Universidad Complutense. Madrid

Referencias bibliográficas

- C. Ampolo, 1980a, «Le origini di Roma e la Cité antique», *MEFRA*, XCII, 1980, 567-576.
- , 1980b, *La città antica. Guida storica e critica*, Bari, 1980.
- , 1981, «La città arcaica e le sue feste: due ricerche sul Septimontium e sull'equus october», *ArchLaz* 4, *QuadaEI*, v, 1981, 233-240.
- , 1982, «Die endgültige stadtwerdung Roms im 7. und 6. Jh. v. Chr. Wann entstand die civitas?», en *Palast und Hütte*, Mainz am Rhein, 1982, 319-324.
- A. Bedini, 1981, «Contributo alla conoscenza del territorio a sud di Roma in epoca protostorica», *Arch. Laz.*, 4, *QuadaEI*, V, 1981, 57-65.
- P. Catalano, 1960, *Contributi allo studio del diritto augurale. I*, Torino, 1960.
- M. Cataldi Dini, 1977, «Prima campagna di scavo nella necropoli di Ficana (Acilia-Roma)», *PP*, XXXII, 1977, 315-329.
- Civiltà del Lazio primitivo*, Roma, 1976.
- G. Colonna, 1961, «La ceramica etrusco-corinzia e la problematica storica dell'orientalizzante recente in Etruria», *ArCl*, XIII, 1961, 9-25.
- , 1964, «Aspetti culturali della Roma primitiva: il periodo orientalizzante recente», *ArCl*, XVI, 1964, 1-12.
- , 1974, «Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio», en *Popoli e civiltà dell'Italia antica*, Roma, vol. II, 1974, 273-346.
- , 1977, «Un aspetto oscuro del Lazio antico: le tombe del VI-V secolo a.C.», *PP*, XXXII, 1977, 131-165.
- , 1981a, «L'ideologia funeraria e il conflitto delle culture», *Arch. Laz.*, 4, *QuadaEI*, V, 1981, 229-232.
- , 1981b, «Tarquinio Prisco e il tempio di Giove Capitolino», *PP*, XXXVI, 1981, 41-59.
- J. Ducat, 1962, «L'archaïsme à la recherche de points de repère chronologiques», *BCH*, LXXXVI, 1962, 165-184.
- La formazione della città nel Lazio*, *DdA*, II, 1980.
- E. Gjerstad, 1953, *Early Rome. I*, Lund, 1953.
- , 1965, «Discussions concerning Early Rome. 2», *OpRom*, V, 1965, 1-74.
- , 1972, «Innenpolitische und militärische Organisation in frühromischer Zeit», *ANRW*, I,1, 1972, 136-188.
- M. Guaitoli, 1977, «Considerazioni su alcune città ed insediamenti del Lazio in età protostorica ed arcaica», *MDAI(R)*, LXXXIV, 1977, 5-25.
- J. Heurgon, 1971, *Roma y el Mediterraneo occidental hasta las guerras púnicas*, trad. esp., Barcelona, 1971.
- R. J. Hopper, «Addenda to necrocorinthia», *ABSA*, XLIV, 1949, 162-257.
- P. M. Martin, 1982, *L'idée de royauté à Rome. I*, Clermont-Ferrand, 1982.
- J. Martínez-Pinna, 1981a, «De Vrbe condita», *Academia*, LIII, 1981, 21-57.
- , 1981b, «Evidenza di un tempio di Giove Capitolino a Roma all'inizio del VI sec. a.C.», *Arch. Laz.*, 4, *QuadaEI*, V, 1981, 249-252.
- , 1982, «La introducción del ejército hoplítico en Roma», *CuadEscEspRom*, XVI, 1982, 33-44.
- L.-R. Ménager, 1976, «Les collèges sacerdotaux, les tribus et la formation primordiale de Rome», *MEFRA*, LXXXVIII, 1976, 455-549.
- H. Müller-Karpe, 1962, *Zur Stadtwerdung Roms*, Heidelberg, 1962.
- Naissance de Rome*, Paris, 1977.
- M. Pallotino, 1960, «Le origini di Roma», *ArCl*, XII, 1960, 1-36.
- , 1970, «Etnogenesi uguale poleogenesi?», en *La città etrusca e italica preromana*, Bologna, 1970, 75-76.
- , 1972, «Le origini di Roma: considerazioni critiche sulle scoperte e sulle discussioni più recenti», *ANRW*, I,1, 1972, 22-47.